

## Arribismo

### Ambitiousness

**Carlos Franz**

*Novelista y ensayista*

**H**ace poco regresé al país en un vuelo de Iberia. Antes de aterrizar en Santiago, los pasajeros escuchamos al piloto dirigirse a su tripulación a través de los altavoces. El capitán ordenaba, como es usual, preparar la cabina para el aterrizaje controlando el cierre de las puertas mediante una “comprobación cruzada”. Esta última expresión me intrigó, hasta que entendí que el piloto se refería a esa maniobra habitual que nuestros aviadores creen indispensable llamar “cross-check” (un doble control del cierre de las puertas). El piloto —español, por su acento— había traducido esa orden mediante un conciso equivalente en nuestro idioma. Y la mejor prueba de que su traducción fue eficiente es que los tripulantes la entendieron y el avión no se estrelló por falta de “comprobación cruzada”.

Me tranquilizó corroborar que dar instrucciones en simple castellano no disminuye las capacidades aerodinámicas de los aviones. Pero esta satisfacción me duró poco. Llegado a mi casa, quise informarme de lo ocurrido en mi ausencia revisando los diarios chilenos. Abriéndome paso entre enormes anuncios publicitarios, plagados de “malls” y “docurealities”, me encontré al fin con una noticia. En ella, un político inteligente e instruido afirmaba que Chile debía intensificar su comercio, sobre todo con países “like-minded”.

*Ha publicado las novelas Santiago Cero (1990; Premio latinoamericano de novela CICLA, en 1988); El lugar donde estuvo el Paraíso (1996) —llevada al cine en 2002 por el español Gerardo Herrero con la actuación del argentino Federico Luppi en el papel principal—; El desierto (2005; Premio Internacional de Novela del diario La Nación de Buenos Aires); y Almuerzo de vampiros (2007; Premio Consejo Nacional del Libro de Chile.*

*Algunas de esas novelas han sido traducidas a diversos idiomas (inglés, alemán, francés, italiano, holandés, portugués, finés, polaco, rumano y chino.*

*Además de la novela ha cultivado el cuento (su recopilación La prisionera, 2008, obtuvo el premio del Consejo Nacional del Libro de Chile, en 2005) y el ensayo (el volumen La muralla enterrada, 2001, ganó el Municipal de Santiago 2002).*

*Colabora con el diario El País, La Nación, la red de periódicos regionales de El Mercurio y La Segunda, la revista Letras Libres, entre otros medios.*

*Ha escrito también “Si te vieras con mis ojos”, novela ganadora del Premio Bienal Vargas Llosa que se otorga a la mejor novela publicada en idioma español en el período 2014-2015.*

*C.e.: [espejodetinta@icloud.com](mailto:espejodetinta@icloud.com)*

Seguramente, ese político quiso decir que Chile debía favorecer el intercambio con naciones de “mentalidad similar” a la nuestra. Ahora bien ¿por qué expresar esa idea tan sencilla en inglés? ¿Se buscaba, acaso, sugerir que los países más afines a Chile son los anglosajones? ¿Se quería reeditar el viejo mito de Chile como la Inglaterra de América del Sur? ¿Fue simple arribismo?

Más grave es el caso de nuestra Ministra de Justicia que, hablando en el Parlamento de nuestra República y refiriéndose al número total de niños internados en centros de menores, dijo que ése es “el stock” de tal servicio. Pudo haber empleado la simple palabra española “población” (la población de menores en esos centros es de...). Pero prefirió el arribismo lingüístico, al cual esta vez se sumó un arribismo político. Llamar “stock” a la población de niños encerrados en esos centros teñía a su exposición de una *apariencia* técnica, economicista (aunque en verdad es meramente comercial). Deplorable.

Si nuestras élites políticas exhiben indicios de ese arribismo, ¿por qué culpar al resto de nuestra sociedad que hace lo mismo? Hace poco, el presidente de la Asociación Chilena de Agencias de Publicidad afirmó que “el uso de anglicismos [en la propaganda] da estatus”. Y agregó: “Cuando tú les pones el inglés a las cosas, se genera un tema en el consumidor de aspiracionalidad [sic]”. Esa “aspiracionalidad”, en buen castellano, se llama arribismo.

Por cierto, la publicidad no se limita a reflejar el habla y las aspiraciones de una sociedad. También contribuye a moldearlas. Una publicidad invadida de expresiones foráneas es consecuencia

de un generalizado arribismo, pero además lo propaga.

Quien piense que exagero podría consultar un estudio sobre el asunto: “Anglicismos y aculturación en la sociedad chilena” (Gerding, Fuentes y Kotz, 2012). Apoyándose en un seguimiento de la prensa por más de siete años, esas investigadoras confirmaron que el arribismo lingüístico en Chile es una epidemia. Los chilenos usamos a diario docenas de anglicismos, sin traducirlos ni adaptarlos, simplemente por pereza o para darnos estatus y mostrar nuestra “aspiracionalidad”. Entre ellos encontramos: *mall* (centro comercial); *commodity* (mercancía); *online* (en línea); *link* (enlace); *coach* (entrenador); *running* y *runners* (por carrera y corredores); y hasta *peak*, como en “hora *peak*”.

De acuerdo, en Chile podría considerarse impúdico llamar “hora pico” (como dicen en España, por ejemplo) al lapso de mayor congestión de tráfico vehicular en nuestras ciudades. Pero, si tanto ofende, ¿qué nos costaría decir “hora punta”?

Nos costaría esto: dejar de ser arribistas. Y para una cultura insegura eso es amenazante. El arribismo cultural encubre una inseguridad profunda. Quien se avergüenza de sus propias palabras o las ignora, también se avergüenza de sí mismo, o se ignora.

Y así hasta nuestras obras emblemáticas se tiñen de arribismo. Por ejemplo, construimos la torre más alta de Sudamérica en un país de feroces terremotos. Valiente. Pero la emplazamos en un “mall” llamado “Costanera Center”. No podemos

llamarlo Centro Comercial Costanera, eso no. Sonaría demasiado local y poco “aspiracional”. En cambio, un complejo comercial con nombre semigringo refuerza nuestra ilusión de que, muy pronto, el país completo amanecerá anclado frente a Miami. Entonces, por fin, todos habremos “arribado”. Sólo para descubrir que en esa parte de Estados Unidos la mayoría habla en español.

Las lenguas cambian e intercambian sus palabras todo el tiempo. El préstamo lingüístico entre idiomas es saludable. Pero una cosa es

incorporar palabras que nos faltan, y otra desechar las que tenemos para aparentar lo que no somos. Los arribistas quedan como torpes copiones; con frecuencia ante los propios gringos a quienes admiran.

Aquel piloto de Iberia sabía que su avión no se iba a estrellar si las instrucciones de vuelo se daban en castellano. Las personas y las naciones seguras de sí mismas emplean su idioma con orgullo y confianza, como muestra de que saben quiénes son y adónde van.